

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 138.—1.º de Diciembre de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan
Epist. I, 4, 8.)*

NUEVO PROSPECTO.

Hace cerca de seis años que se está publicando en Madrid LA VOZ DE LA CARIDAD, por entregas quincenales que constan de 16 páginas en cuarto, con cubierta para sumario, correspondencia y anuncios, y formando cada semestre un tomo con portada é índice para encuadernarlo.

Su objeto es mantener en el público el sentimiento de la caridad y de la compasion hácia todos en general, pero principalmente hácia los pobres y los presos, que son dos grandes agrupaciones de séres que sufren.

Para ello, no se limita á recomendar simplemente el ejercicio de la caridad, sino que, en artículos de diverso carácter y forma, ya sérios, ya doctrinales, ya amenos, en prosa y á veces en verso, procura excitar en los ricos la generosidad, los deberes morales y hasta los placeres de hacer bien; en los pobres, la resignacion, la esperanza, el trabajo, las buenas máximas y la instruccion conveniente para precaverse, especialmente en la clase obrera, de las malas doctrinas que pudieran estraviarla; en los que sufren, los consuelos religiosos y de reflexion; en los que gozan, el recuerdo de los desgraciados; y en todos, la moral más severa.

Para mejorar la suerte de los pobres hay grandes y variadas cuestiones que discutir: todas las discute y seguirá discutiendo esta Revista, aunque parezca ya agotada la materia.

Para hacer lo mismo con los presos y penados, está clamando hace cinco años sobre la tan necesaria reforma de nuestro sistema penitenciario, que es, por desgracia, el ramo más atrasado de la Administracion pública en España.

Hay una sola materia completamente alejada, por sistema, de las columnas de LA VOZ DE LA CARIDAD: la política.

Esta Revista, á diferencia de todas las empresas periodísticas, no tiene absolutamente carácter alguno de mercantilismo y especulación; sus Redactores, que son á la vez Administradores, *lo hacen todo gratuitamente*, sin que haya en sus oficinas un solo empleado retribuido. Los productos de la suscripción, deduciendo únicamente los precisos gastos de imprenta, correo y reparto, se invierten en socorrer familias pobres, publicándose cada semestre la cuenta de esta sencilla administración.

Además en LA VOZ DE LA CARIDAD hallan eco todas las calamidades públicas de nuestros días. Para la guerra, además de excitar sobre ella ideas humanitarias, ha abierto suscripciones de dinero y efectos sanitarios, que se envían para socorro de los heridos.

También nuestra Revista ha fundado las *Decenas*, sencilla institución de caridad, que consiste en reunirse diez personas de buenos sentimientos para encargarse de la protección y amparo de una familia pobre. Han llegado á funcionar en Madrid veinte de estas decenas, pero su número se halla hoy muy disminuido.

Tal es LA VOZ DE LA CARIDAD. Como sus redactores son malos propagandistas de su empresa, bajo el punto de vista de buscar suscripciones, quizás, á pesar de su ya larga existencia, muchos la ignoran y para ellos es este prospecto-recuerdo.

El objeto de la Revista nadie dudará que es bueno: tal vez no lo sea el modo con que sus redactores lo desempeñan; de lo que sí tienen convicción, es del buen deseo que les anima.

Ese objeto es además bien económico para el público. La suscripción, que solo se hace por semestres, cuesta diez reales, es decir, *catorce cuartos al mes*, lo que cuesta una taza de café. Con ello tienen dos tomos al año, y la seguridad de contribuir á una obra moral y otra material de caridad cristiana.

Las suscripciones se admiten en las librerías de *Aguado, Durán y Bailly-Baillere*, y en carta dirigida al Administrador de LA VOZ DE LA CARIDAD en Madrid, calle de los Reyes, 20, segundo derecha.

Al insertar en este número el preinserto prospecto-anuncio, rogamos á nuestros suscritores que lo den á conocer, á cuyo fin se incluye otro ejemplar en hoja suelta: con ello contribuirán á una buena obra que les agradecerán, Dios, los pobres, y

La Redaccion.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á:

Doña E. M. de R. y sus hijas, por hilas.

Doña C. M. de G., por hilas.

Sra. de Gorga, por hilas.

Unas Señoras de Mogente, por hilas y trapos.

Doña G. P., suscritora á LA VOZ DE LA CARIDAD, por hilas.

D. L. F. A., por trapos y dos colchas usadas.

La esposa de un Guardia Civil, por 2 camisetas de punto, 2 camisas, 4 calzoncillos, 1 pañuelo, 6 vendas, trapos.

Sra. de Gonzalez, por 2 sábanas, hilas y trapos.

D. R. F. por hilas.

EXPOSICION INTERNACIONAL DE SALVAMENTO.

Las Exposiciones van siendo ya uno de los caracteres de nuestro siglo. Hace 25 años que las internacionales se suceden con intervalos cortos: Londres, París, Viena y ahora Filadelfia llaman á solemne concurso á todos los productos de la industria, para formar con ellos un inmenso bazar, donde se exhiban á la admiracion del mundo los esfuerzos del genio y del trabajo.

Si en esta competencia entra por algo ó por mucho el amor propio de cada nacion, convengamos en que hay vanidades disculpables y jactancias ventajosas.

En efecto, la competencia que se establece en las Exposiciones sirve de estímulo para progresar en el trabajo, de escuela para aprender é imitar lo mas perfeccionado, y de gigantesco programa y anuncio para hacer llegar á todas partes la noticia de los adelantos que se han hecho en agricultura, en industria, en las artes y en todo lo que sirve para el bienestar del hombre.

Son además las Exposiciones internacionales verdaderos Congresos de paz, donde los delegados de las naciones se reúnen, no para arreglar el mapa político del mundo y ventilar difíciles cuestiones de alta diplomacia, de las cuales puede surgir el terrible azote de la guerra, sino para que cada nacion enseñe lo que sabe producir y aprenda lo que le falta conocer; estableciéndose así tranquilas y fecundas relaciones entre pueblos distintos y alejados por la distancia y por las condiciones peculiares de cada uno.

En este sentido, bajo este aspecto, aplaudimos las Exposiciones y hacemos sinceros votos para que, en la próxima de Filadelfia, nuestra patria querida, á pesar de las dos guerras que la estan empobreciendo, no decaiga del puesto honroso que logró conquistar hace dos años en las márgenes del Danubio.

Pero todavía en esta materia perseguíamos hace tiempo una idea tenaz, que creíamos podia ser un progreso de nuevo género y no menos útil, en verdad, que los que hasta ahora hemos visto.

No todo consiste en alimentarse bien, en vestir mejor, en tener albergue mas cómodo, en arrancar secretos á la naturaleza y en aumentar los tesoros de la ciencia, que es lo que suele formar la base de los programas de las Exposiciones universales. Algo, quizás mas modesto pero mas importante, podia ventilarse en un certamen especial, y es el trabajo del hombre en sus aplicaciones al bienestar de los demás hombres, pero no en el sentido de la perfeccion de su vida material, sino en ese vasto campo moral de la caridad bien entendida, que empieza por la simple benevolencia hácia nuestros semejantes, y acaba en las grandes instituciones benéficas y salvadoras de la existencia de los pueblos.

Esa idea que bullia en nuestra mente y que alguna vez hemos indicado en las páginas de esta Revista, la vemos ahora con gusto planteada y ampliada de una manera excelente por algunos belgas, bienhechores fervorosos é ilustrados de la humanidad.

En aquella nacion, tan pequeña, que en los tiempos de la grandeza española formaba una sola provincia nuestra, no hay inmensos ejércitos ni supremacías que aspiren á dominar en la paz y á conquistar en la guerra á las demás naciones; pero hay hábitos de pensar en el bien y de trabajar para todo lo que puede ir perfeccionando las condiciones materiales y morales de los pueblos. ¡Dichosa nacion belga, que, rodeada de colosos y pareciendo tener siempre amenazada su independendencia por ellos, vive tranquila, se cree segura en su misma pequeñez y se ocupa en fundar instituciones de verdadera utilidad general!

Una de ellas, nueva, original y que creemos será fecunda en resultados, es la *Real Sociedad de Salvavidas*, que hace ya algun tiempo se halla establecida en Bruselas.

Hasta ahora esa palabra *salvavidas* se ha tomado en sentido limitado, aplicándola solo, por ejemplo, á algun procedimiento para sacar una persona ilesa de entre las llamas de un edificio incendiado, ó á esos botes insumergibles que vemos ya en los principales puertos para llevar socorro á los buques próximos al naufragio.

La Real Sociedad belga ha tomado el *salvavidas* bajo un punto

de vista mucho mas general. Nuestra existencia, aunque funcione en las condiciones mas sosegadas y bonancibles, está siempre rodeada de peligros que la hacen guerra, abierta ó latente, en todos terrenos. Desde el hogar doméstico hasta la plaza pública, desde el aire que respiramos hasta la máquina que nos sirve para satisfacer los refinamientos y exigencias del lujo, en todo hay peligros, que son mayores cuanto mayor es la cultura de la civilizacion.

La higiene médica se ocupa de precaver muchos de esos peligros, pero se limita á los que atacan las funciones de nuestro cuerpo. ¿Por qué no ha de haber otra higiene mas amplia, que se ocupe de preservar á los individuos y á los pueblos de las grandes calamidades que les aflijen, ó de atenuar al menos sus efectos, en la medida que sea posible y permitida, dada la pequeñez del hombre y la existencia de una Providencia divina, sabia é indiscutible, que dirige el movimiento y destino de todo lo creado?

A eso tiende la Sociedad belga, que hemos citado; en ese estudio se ocupa, y por efecto del mismo ha tenido el pensamiento feliz de anunciar para el mes de junio de 1876, en Bruselas, un Congreso y Exposicion internacional y especial, para pasar revista á cuanto el ingenio del hombre ha hecho hasta ahora con el objeto de alejar peligros de la existencia humana; pues de este modo, viendo los recursos que hay preparados para combatir esos peligros, podrán los hombres pensadores inventar los que faltan ó perfeccionar los que existen.

Ese gran certamen se va á verificar por iniciativa y coste particular, pero sin exclusivismo belga, sino llamando á tomar parte en esta empresa á todos los que quieran interesarse en su realizacion, no como se excita la concurrencia de los capitales para una especulacion utilitaria, sino como se reclama la cooperacion de las personas benéficas é ilustradas para la ejecucion de una grande idea.

El programa está ya publicado en el extranjero y esperamos que en breve lo será tambien en España. Las reducidas dimensiones de nuestra Revista nos impiden insertarlo íntegro, pero indicaremos ligeramente los objetos que se llaman á concurso para exhibirse en la Exposicion y discutirse en el Congreso. Su sola referencia demuestra lo grande del pensamiento y lo bien que lo han meditado los iniciadores del mismo, constituidos ya en forma de Comité central, bajo la proteccion del Rey de los belgas, siendo Presidente su hermano el Príncipe Conde de Flandes, y Vice-Presidente Mr. Aispach, Alcalde de Bruselas.

Hasta en esto se ve el buen sentido de los sesudos belgas, que, en todo lo que acometen para la prosperidad de aquel país ventu-

roso, asocian siempre el pueblo con el Rey, para que las empresas no tomen el caracter de una democracia exclusivista y recelosa, ni de una concesion otorgada por mera gracia del soberano.

He aquí el extracto abreviado del programa, que se divide en diez clases, y cada una de ellas en varias secciones.

Clase 1.^a—Salvamento en caso de incendio.

Procedimientos de preservacion de incendios en tierra y en mar; almacenes de pólvora y petróleo; incombustibilidad de los leñosos, como maderas, ropas, muebles y decoraciones; escalas, sacos, cuerdas, paracaídas; aparatos respiradores y ventiladores; bombas de mano y de vapor; apagadores y sustancias químicas; depósitos y conductos de agua; transporte del personal y material.

Clase 2.^a—Salvamento de las aguas.

Aparatos de natacion y patinacion; alumbrado de las costas; sondaje de los rios y de los mares; botes de salvamento para nadadores y buques en peligro; escafandras para los buzos; medios de seguridad para toda clase de barcos; enfermería y farmacia á bordo.

Clase 3.^a—Peligros de viabilidad terrestre.

Arneses y atalajes de las caballerías; frenos para contener el movimiento de los carruges; calefaccion, ventilacion y alumbrado de los mismos; aparatos de choque y de proteccion para subir y bajar los viajeros; señales y precauciones para la marcha de los trenes en ferro-carriles; limpieza de la via obstruida por nieve ó piedras; defensa en los cruces de caminos; modelos de coches bajo el punto de vista de seguridad y salubridad; útiles de socorro en caso de descarrilamiento ú otro accidente siniestro.

Clase 4.^a—Socorros en la guerra.

Camillas y demás medios de transporte de heridos; instrumentos y aparatos quirúrgicos propios para campaña; ambulancias; alimentacion para los heridos; inhumacion é incineracion de cadáveres; saneamiento de los campamentos.

Clase 5.^a—Higiene y sanidad pública.

Saneamiento de terrenos infectos; empedrado de las calles; alumbrado y sus inconvenientes por la infeccion del gas; medios preventivos de accidentes que ocurran en la via pública; edificaciones; transportes pesados ó ruidosos; hidrofobia de los perros; salubridad de hospitales, templos, cuarteles, escuelas, cárceles, teatros, etc.; para-rayos; conduccion y purificacion de aguas potables; mataderos; mercados; alteracion ó sofisticacion de los alimentos; desinfeccion de lugares inmundos, aprovechamiento de materias fecales para abono agrícola; conservacion de cádaveres; cementerios; cartas higiénicas; demografía.

Clase 6.^a—Medios de salvamento aplicados á la industria.

Higiene de talleres y fábricas; ventilacion y seguridad de las minas; explosion de gases en ellas; peligros inherentes á las máquinas; máquinas que reemplacen al obrero en trabajos insalubres; explosiones del vapor; materias inofensivas que puedan sustituir á las nocivas; vestidos necesarios para ciertos obreros; reglamentacion higiénica en los talleres; medios de socorro instántaneo para los accidentes que ocurran en las fábricas.

Clase 7.^a—Higiene doméstica.

Higiene de las habitaciones en su construccion y en su uso; casas para obreros; distribucion de aguas potables y sucias; calefaccion y alumbrado en el interior de los edificios; higiene del vestido y del tocador; hidroterapia y balneoterapia; salubridad de los alimentos; alimentacion de los niños; medios de la educacion física y moral de la infancia; gimnasia.

Clase 8.^a—Medicina, cirujia y farmacia.

Cajas y aparatos de socorros para asfixiados; preservativos de enfermedades inherentes á ciertas industrias; aparatos para enfermedades localizadas en alguna parte del cuerpo; transporte de dementes y enfermos; ambulancias civiles; hospitales-tiendas; casas de salud; baños; conduccion de cádaveres; mareo á bordo.

Clase 9.^a—Instituciones para mejorar la condicion de la clase obrera.

Seguros sobre la vida y contra accidentes siniestros; seguros mútuos; cajas de prevision, de ahorros y de retiros; sociedades cooperativas; cocinas económicas y alimentacion de los obreros; sociedades para compra de casas de obreros; baños; lavaderos; bibliotecas populares; escuelas nocturnas y dominicales; escuelas elementales de ciencias y artes; escuelas para mujeres; sociedades de proteccion de aprendices; correccion de vagabundos; hospitales; asilos de parvulos; instituciones contra la embriaguez.

Clase 10.^a—Salvamento aplicado á la agricultura.

Destruccion de insectos y animales dañinos; conservacion de los productos agrícolas; salubridad de cuadras y establos; modelos de granjas, sus dependencias, moviliario é instrumentos agrícolas; régimen alimenticio de los jornaleros del campo; colocacion higiénica de los estiércoles; su aprovechamiento; influencia del arbolado; saneamiento de terrenos pantanosos para hacerlos productivos; máquinas agrícolas y precauciones contra daños que pueden ocasionar á los que las manejan; productos en putrefaccion, como el cáñamo; manejo y trato de los animales domésticos y de labor; sus enfermedades; enterramiento de los muertos de enfermedad contagiosa; bebidas higiénicas para los trabajos rudos del estío.

Tal es el cuadro de la Exposicion y Congreso de Bruselas. En él se encierran grandes medidas, pensamientos de alta prevision para escudriñar y combatir cuanto existe y funciona en daño del hombre, y para asegurar, en lo posible, la vida material y mejorar tambien la moral de las clases obreras. ¡Pensamiento bien digno de aplauso y de simpatía!

Los Gobiernos, las corporaciones y los particulares de todas las naciones se ocupan y preocupan mucho de la Exposicion universal de Filadelfia; estimulan la concurrencia de productores, nombran delegados para estudiar y jurados para apreciar, y se disponen, en fin, gastando cuantiosas sumas en ello, para tomar parte en el gran concurso americano. ¿Y no merecerá iguales simpatías la modesta Exposicion especial de Bruselas?

Téngase en cuenta que en Filadelfia vamos á admirar y á estudiar una perfeccion de tejidos, una clasificacion de aceites, una es-

merada composicion de vinos, un ladrillo bien cocido, un descubrimiento mas en el vasto campo de la maquinaria, ú otros adelantos semejantes. En Bruselas se van á estudiar y á discutir los medios higiénicos, preservativos y salvadores de la existencia del individuo y de la poblacion. En América se trata de mejorar las condiciones y comodidades de la vida material; en Bruselas se trata de la vida misma, de lo que la salva y la perjudica. ¿Qué es mas interesante?

Entregamos esta cuestion al celo ilustrado del Gobierno y de los hombres pensadores, que se ocupan del bienestar material y moral de sus semejantes y especialmente de las clases pobres.

Antonio Guerola.

LAS GUARDILLAS Y LAS CASAS DE VECINDAD.

La necesidad de albergar á la clase obrera y pobre en los grandes centros de poblacion, donde tan cara cuesta la vida, da lugar á una cuestion, verdaderamente social, que ha llamado recientemente la atencion de los gobiernos, de los higienistas, de los filántropos, de los economistas y aun de las personas caritativas; sin que ni unos ni otros hayan logrado resolverla, ni plantearla siquiera, en términos convenientes y con arreglo á bases generales que, obedeciendo á las leyes económicas de la oferta y de la demanda, no exijan para su realizacion la abnegacion del rico en favor del pobre ó el perjuicio del propietario en gracia del inquilino; y mientras no se dé solucion á este problema, subsistirán, en menoscabo de la higiene y en mengua de la moral, esas asquerosas viviendas, padron de ignominia de una ciudad culta, llámense guardillas ó casas de vecindad, que constituyen en Madrid la habitacion de millares de familias, atendidas á un efimero jornal que falta gran parte del año.

La voz guardilla, que, dicho sea de paso, es en mi concepto corrupcion de la palabra albardilla, todavía usada para designar el caballete ó cubierta que se pone sobre las paredes ó tapias de los cercados, corrales ó huertas para defenderlas de las aguas y de la nieve, significó primitivamente esa misma cubierta que, en forma de caballete se pone sobre las ventanas que se levantan por encima del tejado de las casas para dar luz á los desvanes, viniendo luego, por traslacion, á significar lo mismo que desvan ó sobrado. El género de construccion de las antiguas guardillas indica claramente que no estaban destinadas para habitacion. Todas ellas son bajas de techo, y por su comunicacion con el ambiente exterior por medio de sendas rendijas y agujeros, participan de la agradable temperatura

que se disfruta al aire libre en las heladas noche de invierno y en los abrasadores días de verano: digna morada de lechuzas y murciélagos, ó depósito á lo mas de esteras y trastos viejos. Pero la escasez de casas baratas, por una parte, y el deseo sin tasa de aumentar el interés del capital que representa la finca urbana, por parte del propietario, ha convertido en vivienda humana estos sucios camaranchones que no debieron nunca tener otro uso que el que primitivamente les fué asignado.

La guardilla higiénicamente considerada es sobre manera perjudicial para el que la habita, porque en los climas destemplados como el de Madrid, la temperatura natural, que oscila entre 4 grados bajo cero y 40 sobre él, es incompatible con la salud, por el excesivo calor en verano y por el intenso frío en invierno. Bajo el punto de vista de la ventilacion, la guardilla no reúne tampoco condiciones habitables, porque ó está cubierta con teja vana, y entonces el aire entra y sale libremente por rendijas, grietas, tragaluces y ventanas, ó defendida por un cielo raso y convenientemente cerrados todos los huecos y entonces es todavía peor, porque la habitacion excesivamente baja de techo no contiene suficiente cantidad de aire respirable. Segun los últimos estudios hechos por Mr. Morin, el minimum de aire que debe renovarse en una hora por cada persona, es de 10 metros cúbicos, y para que no haya olor, es preciso duplicar ó triplicar la cantidad; teniendo para este cálculo presente que el hombre produce 38 gramos de ácido carbónico en una hora, y que el aire, para ser respirable, no debe contener un medio por mil de esta sustancia. En vista de estos datos, y dadas las condiciones de capacidad de tales habitaciones y el número y clase de las personas que las ocupan, bien puede decirse que la mayor parte de las guardillas de Madrid constituyen un verdadero foco de infeccion y que, á consecuencia de la atmósfera mefítica que en ellas se respira, es frecuente el ver esas caras macilentas y pálidas de los pobres que en ellas se albergan, esos niños raquíticos, entecos y escrofulosos, verdadera degeneracion de la especie humana, plantel de enfermedades crónicas y de vicios diatésicos. ¡Ah! En Madrid no podemos admirar la robustez y salud que parece concede la Providencia á los hijos de los pobres que habitan en los pueblos y aldeas; aquí no es envidiable por cierto el estado de su salud, pues que la cifra de la mortalidad de los niños entre las clases menos acomodadas causa verdaderamente desconsuelo; estos seres desgraciados mueren de hambre, estando al parecer bien alimentados; es que les falta aire, aire puro que oxigene su sangre, que dé vida á sus delicados miembros.

Si á estas consideraciones, que son puramente de higiene y de sa-

lud pública, hubiera de añadir otras de un orden más elevado, traspasaría los reducidos límites que me traza la índole de esta publicación; y así indicaré tan solo que es inconveniente para la moral y para la tranquilidad pública que el pobre y el rico vivan dentro de unos mismos umbrales; y que, si bien es cierto que la religión cristiana nos manda ver en el pobre al hermano desgraciado, no nos impone la obligación de vivir bajo su mismo techo, ni de aguantar todas las molestias que ocasiona tan bulliciosa vecindad con sus continuas reyertas, sus desaforadas disputas y sus alegres y á veces nada edificantes canciones. Por otra parte, el pobre sufre mejor su miseria aislado en modesta vivienda, que respirando una atmósfera de lujo y ostentación. El contraste que ofrece la necesidad con la opulencia, hace mas horrorosa la pobreza, y el pobre de la guardilla, aterido de frío, quizás muerto de hambre, no tolera con resignación su estado, cuando ve arder las chimeneas del vecino ó llegar hasta el rincón de su cuarto los vapores de succulenta mesa ó los ecos de cercano festín.

El pobre que no vive en guardilla tiene que recurrir á la casa de vecindad, vulgo de *Tócame, Roque*, de la cual podrá formarse idea quien no haya tenido ocasión de penetrar en ninguna de ellas, figurándose un edificio de corto perímetro, de 3 ó 4 pisos de elevación, y en cada uno de ellos un estrecho corredor que da entrada á 20 ó 30 habitaciones, las cuales no tienen mas luz ni ventilación, que la que reciben de un patio pequeño y sucio; que cada habitación contiene 5 ó 6 personas, y que todas juntas componen un pueblo de corta instrucción y de escasos recursos, en el que uno canta, otro llora, este grita, aquel corre. Tal es en resumen el cuadro que presenta á la vista del curioso la casa de vecindad, que, mas que casa, parece nosocomio, donde no hay enfermedad que no se conozca, plaga que en ella no se cebe, epidemia que no haga estragos. De moral no se hable, porque es la casa de vecindad cátedra de costumbres disolventes, nido de continuas discordias, y seminario de todos los vicios.

He aquí brevemente bosquejada, la solución práctica que se da en la corte de España al difícil problema antes indicado, sin que ningún gobierno, en nombre de la moral, de la higiene, de la tranquilidad y bienestar de la población, de la belleza y ornato público, se haya atrevido á dar disposiciones eficaces para desterrar los inconvenientes que llevan consigo la guardilla y la casa de vecindad. El pueblo rey hubiera ya gritado en otro tiempo: *Salus reipublicæ suprema lex esto.*

V. V.

UNA HUERFANA CON TRES MADRES.

I.

Lo que voy á referir es, hasta en sus detalles, histórico, y acaeció, hace pocos dias, en una de las más feas y menos cultas capitales de España.

En la ciudad á que aludo, y de cuyo nombre no quiero acordarme, como diria nuestro inmortal Cervantes, son tan desenvueltas las mujeres, tienen lenguas tan libres y costumbres tan hombrunas, que parecen mas consoladoras y tiernas que en otras partes escenas como la que paso á referir. ¡Bendito sea el Señor, que quiere nazcan delicadas flores hasta en los secos eriales y tierras estériles!

La Beneficencia provincial, para la lactancia de los expósitos, prefiere trasladarlos al pueblo y casa de las amas que los crian, confiándolos á sus maternales cuidados; que madres son tambien las amas de leche. Es el procedimiento más natural y más fecundo, por lo tanto, en resultados positivos. Las madres pobres y robustas de los pueblos suelen dedicarse á esta industria, sacando expósitos de la Beneficencia para criarlos. Algunos no vuelven á su casa matriz, pues se encariñan con ellos las familias que los acojen y allí se quedan. Otros infelices, que tuvieron la desgracia de caer en manos egoistas, en familias numerosas ó en hogares miserables, destetados que son, no tienen mas remedio que regresar á sus provinciales lares.

II.

Era en el mercado de la Capital.

La plaza estaba llena de revendedores, verduleras y compradores.

Una persona de pobrísimo aspecto atravesaba la plaza, llevando de la mano á una niña, de unos cuatro á cinco años de edad, pobremente vestida tambien, pero hermosa como un ángel.

—Oiga, tia (le dijo cierta descarada verdulera), ¿á dónde lleva usted ese pimpollo?

—¿Qué pimpollo? ¿Esta muchacha? replicó recelosa la serana.

—La *mesma*.

—Pues la bajo á la Beneficencia, porque, como tengo siete pequeños y mi hombre se está quejando todos los dias de que con tanta boca y tanta *probeza* es imposible salir adelante; aunque la quiero

como si la hubiese parido, no tengo mas remedio que volverla á la casa.

Y abrazando á la niña, continuó:

—¡Hija de mis entrañas, no sé si tendré ánimo para dejarte, porque, solo de pensarlo, se me parte el corazon!

La buena montañesa se puso á llorar, y la niña, que indudablemente no comprendia claramente la causa de aquellas lágrimas, rompió tambien en llanto, porque veia llorar á su madre, y se colgó de su cuello como si presintiese que intentaban separarlas.

Pronto llamó la atencion el tierno grupo, y se formó un corro, de mujeres en su mayor parte, en torno de la expósita y de su ama.

Compadecian unos á la buena mujer, que se veia precisada á separarse de su hija; elogiaban otros la candorosa vivacidad y la hermosura notable de la niña; é importunaban todos con admiraciones y preguntas á la serrana, hasta que, enteradas del suceso, dos mujeres del pueblo, verduleras al parecer, de aspecto nada caritativo ni sentimental, pero de gran corazon indudablemente, se aproximaron por distintos lados á la expósita y quisieron tomarla en brazos.

Empezaron por los elogios diciendo alternativamente:

—¡Bendita sea la madre que te parió!

—¡Es más rica que las pesetas!

—¡Qué hermosísima eres, hija!

—¡Esto es un rollo de oro!

La llamaron serafin, sol de los soles, reina y otras cosas por el estilo. Con semejante lluvia de piropos se iba poco á poco consolando la bendita serrana, pues nada hay que llene tanto á los padres como las alabanzas de los hijos, y les dejaba tomar y dejar á la niña; pero, cuando comprendieron las contendientes que las dos querian llevársela para prohijarla, allí fué Troya: se armó una disputa callejera y mujeril, que convirtió inmediatamente el corro en gallinero. Imagínesela el lector, que yo renuncio á contarla y me concreto al hecho principal y al desenlace.

III.

La serrana no tenia valor para deshacerse de la expósita, y aquellas dos mujeres se disputaban, hasta el escándalo, su posesion. De manera que, en un sitio tan poco á propósito como la plaza pública y entre mujeres, al parecer refractarias á la ternura y compasion, la Providencia divina, en sus adorables designios, deparó *tres madres* á la desamparada huérfana, demostrando con hecho tan elocuente que vela, sobre todo, por los pobres pequeñuelos.

Como no fue posible avenir á las contendientes, decidió la cuestion la Direccion de la Casa-Beneficencia entregando la niña á la que por su posicion y antecedentes ofrecia garantías mayores y estaba en situacion de proporcionar á la expósita mejor educacion y vida más cómoda.

Teruel 22 de Noviembre de 1875.

Manuel Polo y Peyrolon.

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA.

Un suceso acaecido recientemente en un pueblecito de Cataluña, declarado hace tiempo neutral con motivo de la funesta guerra que ensangrienta aquellas montañas, nos demuestra bien palpablemente cuán horribles son las consecuencias á que puede conducirnos el fanatismo de nuestras pasiones políticas, en esta desgraciada guerra civil, sostenida por séres de una misma nacion, por hijos, muchas veces, de una misma madre.

Se encontraban paseando por la plaza de dicho pueblo los heridos ya convalecientes de aquel hospital de sangre, cuando llegaron al pueblo dos compañías del ejército liberal, con objeto de racionarse y descansar unas cuantas horas.

Al penetrar en la plaza estos soldados, un herido carlista, que, apoyado en dos muletas, conversaba con algunos de sus compañeros de desgracia, salió precipitadamente del grupo en que estaba, y dirigiéndose á uno de los soldados, que acababan de llegar, le preguntó:

—¿A qué regimiento pertenece usted?

—A Aragon, contestó el interpelado.

—¿Y está aquí la segunda compañía?

—Ya lo creo, como que pertenezco yo á ella.

—¿Y conoce usted al soldado Andrés Castillo? continuó con alegría el carlista.

—Como que es mi mejor amigo, y el mas bravo del batallon.

—Oh! ¿Puede usted decirme donde está?

—No debe encontrarse lejos, contestó el soldado, y buscó con la mirada en los diferentes grupos que sus compañeros habian formado en la plaza. Mírele usted, continuó, allí está sentado en el portal de aquella casa.

—¡Oh! Gracias..... ¡Gracias! pronunció el carlista, apretando la mano del soldado, y se dirigió, con toda la precipitacion que su estado le permitia, en busca del llamado Andrés.

Este, jóven, de unos veinticinco años, alto, fornido, de fisonomía simpática, tostada completamente por el sol de los campos y adornada de una larga y espesa barba negra, presentaba el aspecto de un tipo avezado á la guerra, de todo un veterano, cuando apenas hacia un año que se encontraba en las filas del ejercito. ¡Tan pronto improvisamos en España un ejército de valientes! ¡Tan tristes son nuestros destinos! ¡Tan frecuentes nuestras luchas intestinas! ¡Tan desgraciada nuestra pobre España!.....

Pues bien: sentado como hemos dicho en el umbral de una puerta, se entretenia el bravo soldado en coser la suela de su alpargata, que sin duda una penosa marcha le habia destrozado; y al ver dirigirse hácia él al herido carlista, levantó sus ojos y suspendió su trabajo como esperando ser interrogado.

—¡Andrés! ¡Andrés! pronunció con emocion el herido, levantando con trabajo sus brazos como pretendiendo abrazar al soldado.

—¿Qué es eso? continuó, estrañado al notar la frialdad del de Aragon, que ni siquiera se habia movido de su asiento y continuaba mirándole con indiferencia. ¿No me reconoces? Soy Esteban, ¡Esteban tu hermano!....

—Amigo, pronunció seriamente el soldado, usted debe haberse equivocado. Yo no tengo hermano ninguno.

—Cómo, continuó sorprendido de tal contestacion el herido carlista. ¿Es posible que ya no me conoces? ¿Tan variado estoy?

—Ea! exclamó Andrés, volviendo á sentarse y continuando su trabajo, déjeme usted en paz, y siga su camino, buen hombre. Tengo buena memoria, y por consiguiente mala voluntad de reconocer á usted. Con que así, acabemos.

Confundido ante tan brusca salida, volvió la espalda el carlista y se alejó triste y avergonzado.

Andrés, al verle alejarse, levantó sus ojos, y por su tostada mejilla resbaló una lágrima que sin duda alguna brotaba de lo mas íntimo de su corazón.

—Perdóname, madre mia, exclamó suspirando. Y se levantó, partiendo en direccion contraria á la que tomára su hermano.

En efecto, lo era. Andrés y Esteban Castillo eran hijos de una pobre y honrada familia de un pequeño pueblo de la provincia de Valencia. Se habian querido siempre como buenos hermanos, y huérfanos de padre desde muy pequeños, unidos habian sostenido la existencia de su anciana madre, alimentándola con su trabajo.

Las discordias políticas infiltraron en sus corazones ideas bien distintas por cierto. Andrés fué liberal y Esteban carlista.

Sin embargo, ni uno ni otro se hablaron jamás de sus opuestos

ideales políticos, á pesar de conocerlos, y continuaron viviendo unidos por los estrechos lazos de un verdadero cariño, manteniendo con el producto de su trabajo la existencia de su buena y anciana madre.

Pero una quinta extraordinaria decretada por el Gobierno de la nacion, arrancó al infortunado Andrés del seno de su corta familia. Y previendo lo que pudiera tal vez acontecer, en vista de las ideas de Esteban y de la importancia que iba adquiriendo el partido carlista, antes de partir, llamó á su hermano, y obtuvo de este juramento sagrado de no abandonar jamás á la que les habia dado el ser, comprometiéndose á trabajar y cuidar con su producto, de la existencia de su anciana madre.

Marchó Andrés tranquilo, fiando en la palabra de su hermano; cuando á los seis meses, recibió una carta del Sr. Cura de su pueblo en la que se le anunciaba la muerte de su madre, muerte producida por la miseria y abandono en que quedó la infeliz mujer desde que su hijo Esteban salió del pueblo con objeto de incorporarse á las partidas carlistas del Maestrazgo.

¡Funestas son siempre las consecuencias de una guerra, pero las de una guerra civil, son mil veces mas espantosas!....

¡La *Caridad* llegue á los corazones extraviados de nuestros hermanos!

¡La aurora de la paz luzca pronto, é ilumine con su radiante luz el suelo ensangrentado de nuestra desgraciada patria!

Mariano Barraner.

ADVERTENCIA.

Agotados algunos números de esta Revista, lo cual impide satisfacer los pedidos que se hacen de ellos, la Administracion (Reyes 20, 2.º derecha) está dispuesta á pagar á un real cada uno de los que se le lleven, de la numeracion siguiente, añadiendo además su gratitud, pues lo estimará como un favor.

3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 13, 14, 15, 17, 25, 26, 27, 28, 80, 93.